

El diario por dentro y por fuera

INFORMACION

"El diario por dentro y por fuera".

La noticia llega como esas legumbres que se arrancan en vainas de la planta. Y el cronista la abre, la desgrana, le quita aquello que está echado a perder y, finalmente, vuelca el contenido que quedó, en la pequeña canasta que es cada carilla, que se empina esperando.

Y así, lo que de la calle se arranca cerrado y prieto, abierto y claro a la calle vuelve en granel simultáneo de semilla y de fruto.

Fruto cuya pulpa se deshace, estrujada por la ansiedad de los corrillos. Semilla que germina con rapidez insólita, en esperanzas, en inquietudes o en angustias.

Después de una operación así, es como llega a la calle, procedente de la redacción lo que en la calle descubriera la pupila vigilante y lo que de la calle había traído la mano cazadora.

El cronista hace de cuenta que le ocurrió a el mismo el caso que le toca relatar. Esa es la única manera de dar a los sainetes, las comedias o los dramas de otros, la plasticidad y la firmeza necesarias como para ofrecerlos eficazmente a esa multitud que, toda asomada a los ojos, quiere saber "cómo fue".

Cada sección en el diario, tiene sus características especiales.

En "Deportes", las opiniones emitidas a gritos, le hacen el contraconto a las máquinas de escribir durante toda la jornada. En "Carreras", se corroboran del martes al sábado las razones que existen para que tal o cuál caballo "no pueda perder" el domingo; y se dedica el lunes a reconocer como muy justas las razones que impidieron que el domingo figurara en el marcador el "número puesto". En "Telegramas" el silencio es ancho y cuadrado como un piano: el jefe de la sección cuenta las letras de los títulos señalándolas con la pluma. Sin hablar. La pluma parece un pico que comiera maíces puestos en hilera. Allá de tanto en tanto, se oye lo único que una persona con cierta experiencia en estas cosas puede esperar de "Telegramas": "¡A ver un sinónimo de matanza porque matanza no entra!"...

Haciendo lo posible por conservar entera su serenidad, el encargado de la crónica policial se presenta, a las doce menos diez de la mañana, con la nota del "hecho" ocurrido la noche anterior. El secretario lo mira, mira el reloj y... cuentan que una vez, en trance tal, un secretario, mostrándole el reloj al cronista, le dijo, dando por sobreentendido todo lo demás:

—¡Once y cincuenta!

A lo que el cronista, encorvándose de asombro, respondió:

—¿Once y cincuenta ese reloj tan mono? Pero... ¿está seguro? ¿Es tirado por once cincuenta!

Pero lo corriente es que el cronista excuse la tardanza diciendo:

El tipo tiene cuatro puñaladas. Está hecho lo que se dice un escombros. Por eso esperé hasta ahora para no tener que modificar los títulos después ¿me comprende, secretario? Yo sé que es un poco tarde y que, en todo caso, el tipo todavía no sonó, pero... son esas cosas.

Disculpe...

Y el asunto queda en eso porque como casi todos los secretarios de redacción, aunque no hayan leído a Oscar Wilde, saben que cuando se dice lo que realmente se piensa, se dice lo que no debería de haberse dicho nunca...

Todos —excepción hecha de la mayor parte, desde luego— saben para qué sirve un prisma de cristal: sirve para descomponer la luz que pasa a través de él, en una imagen coloreada: el espectro. Y del estudio de ese espectro, se obtiene el conocimiento de la naturaleza del cuerpo que partió la corriente lumínica.

El hombre a quien el repórter entrevista, es ese cuerpo que proyecta la luz; el repórter es el prisma; el diario, es la imagen coloreada donde quedan separados los tonos y fijados los valores.

Pero... pese a lo expuesto, se impone reconocer ahora que las mejores cosas que aparecen en los reportajes, no las dijo el personaje: las inventó el cronista. A veces las inventa para evitar que el personaje haga papeles; y, a veces, por que si sólo diera una versión exacta de lo que el personaje respondió a sus preguntas, lejos de creer, en el diario, que el personaje era un palurdo supondrían que el cronista no sirve para nada.

Ya se sabe que una crónica, es el relato objetivo de un suceso. Y bien: la nota es una como crónica con las patas barnizadas y carpetita de paño lencí. Es una crónica para día de recibo. Sobre cualquier cosa se puede escribir una nota: el hombre que rezonga cuando llueve, el reloj de la Catedral, el Mercado Agrícola, las mujeres que venden diarios, los que van a pescar burriquetas a la muralla; cualquier cosa sirve para hacer una nota. Ocurre, empero, que, como ya se han hecho notas sobre cualquier cosa y se dijo en ellas hasta lo indecible, no hay tema que no esté manoseado, exprimido, deshecho.

Las veces que nos encargan "una nota sobre cualquier cosa" experimentamos una sensación muy honda de soledad. Nunca se siente uno tan tremendamente solo, como cuando advierte que ya todo se dijo...

Y, sin embargo... hay que hacer "la nota sobre cualquier cosa". Y se hace. La gente sabe todo lo que se puede decir del vendedor de garrapiñadas, de los ómnibus repletos, del asunto de la nafta, del ciego que vende a Santa Teresita... pero lo mismo leerá las notas que se sigan escribiendo sobre ellos. Mas que por condescendencia, por ese gusto de oír siempre lo que ya sabemos, que nos libra, siquiera momentáneamente, del miedo que suele darnos la inminencia de saber lo que ignoramos...

Cuando menos lo esperábamos, llega a interrumpirnos el consabido visitante. Siempre trae una denuncia, una aclaración o una queja.

Y empieza con las mismas palabras:

—Esté... yo venía... —y embala. Nos habla de injusticias tremendas, de miserias desoladoras, de tristezas, de traiciones, de abandonos.

Ninguno llega con noticias alegres. Nadie tiene necesidad de contarle a otro que es feliz para aprovechar, entera, su ventura.

Pero el que más o el que menos trata de deshacerse, siempre, del secreto de su dolor y de exhibirlo, llorando, para que le tengan lástima, si es un ruin: o de confesarlo, bajito, para que lo consuelen, si es un débil.

Ellos vienen a nosotros confiados en que hemos de arreglarles todo. Y casi nunca podemos hacer nada. Pero los despedimos diciéndoles que tienen razón y se van un poco menos tristes. Caminando más derechos. Con el paso más firme.

Se dijo una vez: "Todo hombre que te busca, va a pedirte algo"... Y, enhebrando siglos, llegó hasta hoy el estupendo descubrimiento de que siempre hay más dicha en dar que en recibir.

Damos ese poco al eterno visitante de las redacciones: la mano, una palabra de aliento, la sinceridad de nuestra protesta contra la injusticia o la traición que lo amargarán.

Y así, él se va un poco menos triste. Y nosotros, que nunca tuvimos nada, tenemos, entonces, la nueva alegría de haber visto amanecer una esperanza en el horizonte lejanísimo de esa sonrisa que ayudamos a remolcar.

Y mientras uno atendía al visitante, los otros llenaban carillas y carillas. Poniendo lo mejor de sí en cada una. Entregándose totalmente a esa gente que espera en la calle; esa gente que creará de buena fe lo que es menester que también de buena fe escriban para ella quienes tienen todavía un sentido más o menos precioso de su responsabilidad.

De todas las secciones corren carillas a la Secretaría. De la Secretaría pasan al taller. La linotipo las transforma en pequeñas barritas de plomo donde la escritura aparece en relieve y al revés. La prensa, luego, hunde el plomo en la hoja de cartón y se obtiene así una página absurda. De letras acanaladas como para ciegos. Sobre el cartón así marcado y dispuesto en forma de cilindro, se envía una corriente de plomo líquido que al endurecerse de nuevo, queda transformado en la plancha que, más tarde, la rotativa hará girar sobre miles de hojas.

Esas hojas que esperan ansiosos en la calle los que quieren saber "como fue"...

Y cuando "EL PAIS" sale...

...la gente no se da cuenta de las inquietudes, las carreras, los sobresaltos, las amarguras y los desvelos que compra por quince-cuarenta pesos.

doscientos treinta